

“Me asombra la nula autoestima que tienen los profesionales de la prensa españoles. Es absurdo ver al periodista como un novelista frustrado. El periodista no es el refugio de los mediocres”.



Javier Cercas

Declaraciones del autor de *Soldados de Salamina*, recogidas por la agencia Efe.

La ópera en femenino

Exposición en la Opéra Garnier de París sobre de la edad de oro del arte lírico

ÓSCAR CABALLERO
París
Servicio especial



La ópera es la victoria de las mujeres porque es la victoria de las víctimas: les deja la última palabra; les ofrece su apoteosis. La efusión lírica es un timbre de gloria”. El musicólogo André Tubœuf lo asegura en el prólogo a *Tragédiennes de l'Opéra*, título del libro de Albin Michel y de la exposición de la Opéra Garnier de París, que con fotos, carteles, joyas, documentos y accesorios, ilustra la edad de oro del arte lírico, entre la inauguración del edificio de Charles Garnier y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Es decir, de 1875 a 1939. Ese lapso es el del reinado de aquellas a quienes Francia no llamaba aún divas, diosas –el término lo aplicó a las grandes voces femeninas de la lírica desde 1946–; pero les concedía un rango mayor. Aquellas *tragédiennes* –literalmente, actrices trágicas– que inauguraron la Opéra de París se instalaron en un altar apenas hollado por sus colegas del teatro, que sólo compartirían, más tarde, con las estrellas del cine.

Es cierto que Cecilia Bartoli inauguró recientemente su réplica de cera en el Musée Grévin de París. Y que las Nathalie Dessay, Angela Gheorghiu –comparada con Victoria de los Ángeles por sus anulaciones de última hora–, la impecable pero distante Renée Fleming, la deslumbrante Anna Netrebko –y sus inmediatas predecesoras, de Teresa Berganza o Montserrat Caballé a Maria Callas–, suscitaron y suscitan fervores. Pero como afirma uno de los comisarios de la exposición, Mathias Auclair, responsable de la biblioteca museo del templo lírico, para las divas, todo tiempo pasado fue mejor.

En la galería de fotos, el aficionado puede admirar el perfil casi perfecto de Lina Cavalieri, considerada en la época “la mujer más bella del mundo”, y cuyo talento en escena se manifestaba también en las noches de *tout Paris*, donde tenía fama de devoradora de hombres.

Más sombría es la impresión que deja Emma Calvé, lasciva Margarita en el *Fausto* de Gounod. Y difícil de entender cómo con una gestualidad económica, Hélène Bouvier fue durante años la única Dalila posible para la música de



P. GODARD

Geneviève Vix en el papel de Salomé en la ópera homónima de Strauss, en 1926



REUTLINGER

Marcelle Demougeot, en *Parsifal* de Wagner, interpretada en 1924



REUTLINGER

Rose Caron de *Ifigenia* en 1900



Saint-Saëns. En cambio, es fácil temblar retrospectivamente bajo la mirada de Rose Caron, en la *Salambó* de Reyer.

¿Es la Electra, de Strauss, o la propia intérprete, Germaine Lubin, la que alza sus brazos como quien implora perdón? Los enterados saben que Lubin fue germánica: la cantante favorita de Hitler. El detalle “confundió su carrera con la historia”, según Pierre Vidal, otro comisario de la muestra.

Gran voz, gran música, enorme carácter y por lo tanto, caprichos: desde Maria Felicitas García, la Malibran, hasta la Callas. Todo ello con los antecedentes de la australiana Nelly Melba, –eternizada por el postre que le dedicó Escoffier– y de Hortense Schnei-

der –genial monopolizadora de los papeles femeninos de Offenbach y recibida en palacio por la emperatriz Eugenia, quien la hizo anunciar “gran duquesa de Gerolstein”, como si la

Hasta 1946 las grandes voces femeninas eran consideradas como actrices trágicas

corte fuera un escenario–, el brillo de la tragedia fue también el trampantojo que disimuló las fatigas de un oficio duro, prolongado, para las mujeres, en esa doble función que les imponía la vida real.●

Paul Anka, autor de ‘My way’, llega a los 70

NUEVA YORK Dpa

Yo también puedo hacerlo”, pensó un joven Paul Anka cuando escuchó por primera vez en su vida un rock and roll. Se sentó al piano, pensó en una muchacha de su escuela y en unos 20 minutos creó la tierna balada *Diana*, de la que vendió, en 1957, unos 8,5 millones de copias y convirtió al adolescente de Ottawa en una megaestrella. Hoy, cuando cumple setenta años, ya es uno de los grandes de la música norteamericana.

Escribió e interpretó docenas de éxitos (*Tu eres mi destino*, *Loneley boy*, *Pon tu mano en mi hombro*, aunque su mejor canción se la dio a Frank Sinatra: *My way*).



JORGE SÁNCHEZ / GTRESONLINE / ARCHIVO

Anka, el año pasado en Chile

Anka siguió componiendo y escribiendo para los más grandes, ya fuera Elvis Presley como Barbra Streisand, Engelbert Humperdinck o Sonny y Cher, así como Tom Jones (*She's a lady*). En 1975 publicó su álbum *Feelings*, que figura entre sus trabajos más conocidos.

Hijo del dueño de un restaurante libanés, Anka no se hizo con el pasaporte estadounidense hasta 1990. Con su primera esposa, Anne de Zogheb, nacida en Egipto, tuvo cinco hijas: Alexandra, Amanda, Alicia, Anthea y Amelia. El matrimonio se divorció en el 2000, mientras que el segundo con la sueca Anna Aberg fracasó el 2009. En la actualidad, Anka reside en una enorme mansión con vistas al Pacífico en la localidad californiana de Carmel.

Anka sigue subiendo con regularidad a los escenarios y todavía sueña con volver a colocar de nuevo un gran éxito en las listas de venta. “Se lo dije a Sinatra: no importa quién seas y cómo vaya tu carrera, uno siempre quiere tener de nuevo otro gran éxito”.●